

A Su Santidad personalmente ausente humillo, en nombre de todos los frailes, los sentimientos del más profundo filial agradecimiento por la excelsa bondad. A V. E. repitió el saludo: *Benedictus qui venit.*

Mientras repetidamente reitero el saludo de nuestro entusiasmo, paréceme que, desde las celestiales bóvedas de esta incomparable Basilica, los Angeles entre osanas repiten a mí, a los frailes y a este pueblo el ritmo virgiliano y dantesco: *Manibus, o date, lilia plenis.* Arrojad a los piés de su trono azucenas a manos llenas.

Eminentísimo Príncipe, en nuestra seráfica pobreza, carecemos de muchas flores para derramarlas a vestros piés. Pero tenemos gran riqueza de corazón. Las flores brotan en lo interior de nuestra alma y emanan su perfume por medio de nuestra cálida palabra, nuestra mirada brillante, nuestra alborozada persona, que se esfuerzan y querrian deciros los sentimientos de gratitud, de veneración, de devoción, de filial afecto que inundan nuestro espíritu. Agradeced, Eminentísimo, este espiritual homenaje de vuestros hijos y de este pueblo.

Vos, Eminencia, os habéis poco ha postrado sobre el Sepulcro del sublime Pobrecillo, Padre nuestro, y con altísima palabra cantaréis su gloria, y con solemnísimo rito celebraréis su apoteosis en este día siete veces centenario de su gloriosísimo Tránsito. Y el mundo, el mundo todo, el mundo sin paz, mira en este momento, con temblorosa fe, a esta Tumba, a esta Basilica, a este Asís. místico Oriente, donde una vez todavía espera pueda comenzarse aquel espiritual renacimiento que lo salve. Mientras el mundo está en tal y tamaña esperanza, Vos, Eminentísimo, venís en el nombre del Papa, con la autoridad del Papa, a afirmar solemnísimamente la romanidad de San Francisco, a repetir al mundo revuelto, que fuera de la Iglesia no hay salud.

Eminencia; el espíritu de Francisco no ha, por dicha, muerto. Perpetúase en su grandiosa y compleja obra; revive en sus multiplicados hijos, y más aún vivirá. Hoy,